

## ¡CONTAR Y CANTAR LAS MARAVILLAS DEL SEÑOR, NUESTRO DIOS!

*Pedro Max Alexander, OSB<sup>1</sup>*

Testimoniar las misericordias, cantar y contar las maravillas obradas por el Señor, en la vida de mis padres y en la mía: ese es el propósito de estas páginas. En otras palabras, hacer eucaristía, no dejar de hacer memoria de su guía amorosa en la trama de la historia, también en los meandros y menudencias de las pequeñas historias de una familia: *Miren lo que ha hecho con ustedes y celébralo en alta voz. Bendigan al Señor de la justicia y glorifiquen al Rey de los siglos<sup>2</sup>.*

Cuando decidí entrar en el monasterio de Santa María de Los Toldos, allá en el lejano 1964, creía saber quién era, qué deseaba, a dónde iba. Los ya más de 50 años transcurridos desde entonces han sido un largo camino de humanización –¡sí, de humanización!– ; un éxodo hacia la Tierra que mana leche y miel, un camino pascual que me permitió conocer algo más al Señor, asumir mis propias raíces, y en Él, (re)conocerme alguito más.

Cuando comuniqué a mis padres mi intención de hacerme monje, me dijeron: “Es necesario que pospongas tu decisión hasta que te contemos algo que nunca te habíamos confiado”.

¿De qué se trataba? De que si bien me habían bautizado de pequeño, allá en mi Bolivia natal, ellos eran judíos. Y me habían “cristianado” para preservarme del odio y la persecución que ambos había sufrido en la Austria de sus amores. Sin saberlo, se repetía en mi familia algo ocurrido –¡allá lejos y acá cerca!– en toda persona perseguida por ser quien es, solo por pertenecer a un determinado grupo... Ocurrió en Egipto, con el Pueblo de Dios salvado del exterminio gracias a su inmersión en el Mar de los Juncos; allí donde unos padres preocupados

---

1 Monje de la Abadía Santa María, Los Toldos, Pcia. de Bs. As., Argentina. Falleció el 11 de abril de 2016.

2 *Tb* 13,7.

buscaron la manera de rescatar a Moisés, “salvado-de-las-aguas”, en quien quedan prefigurados todos los que serían salvados en las aguas; por supuesto, sin nunca estar seguros a qué juncos iría a parar su frágil cesta, impermeabilizada en Jesús-Mesías: “*Todo esto es figura del bautismo, por el que ahora ustedes son salvados, el cual no consiste en la supresión de una mancha corporal, sino que es el compromiso con Dios de una conciencia pura, por la resurrección de Jesucristo*”<sup>3</sup>.

Habiendo emigrado a Bolivia, escapados del nazismo, vieron que la inmensa mayoría de los bolivianos eran católicos, y se dijeron: “bauticémoslo, pues no queremos que nuestro hijo padezca lo que sufrieron nuestros padres, hermanos y amigos, perseguidos y asesinados en los campos de exterminio por el mero hecho de ser judíos”. Por otra parte, el médico que atendió en el parto a mi madre, –extenuada y anémica a causa del sufrimiento, tanto que optó por ensordecer a fin de no oír más los atropellos e insultos de parte de quienes, hasta ayer, habían sido sus compañeros de juego y de estudio–, pronosticó que ese hijo no viviría mucho, pues nació debilucho. Gracias a los pechos generosos de mi “mamá” quechua me fortalecí, alimenté y pude ir creciendo... ¡La Providencia siempre prepara oídos y corazones atentos, capaces de enternecerse ante los lloros de un niño y de encontrarle a mi madre *una nodriza que se lo criara*<sup>4</sup>! Al decir de mis padres, yo chapurreaba el quechua con mis hermanos y madre de leche. Lamentablemente también esto quedó sepultado en el olvido al trasladarse mis padres a La Paz, para que el nene estudiara, ya que allí se hablaba aimara...

Siempre preocupados y deseosos de darme una buena educación, me enviaron, desde el vamos, a colegios dirigidos por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, tanto en La Paz como, después en la Argentina. De aquellos años panceños me quedó grabado el encuentro con mi hermano, de parte de padre, Heinz. No lo conocía, pues tuvo que ser rastreado entre los desplazados por la guerra. Venía de la terrible experiencia de la Shoa, habiendo pasado los años de su adolescencia en los campos de exterminio, presenciando cómo mataban a su madre ante sus propios ojos. Con él volví a hablar alemán, cosa a la que me había negado después de las cargadas por mi acento, de parte de los compañeritos de juegos y clases. El número tatuado en el brazo y saber que se negaba a hablar en alemán con todo el resto del mundo, menos conmigo, despertaron mi orgullo. Solo años después comprendí su verdadero significado. De hecho, jamás volvió a hablarlo, y se negó rotundamente a recibir cualquier compensación en metálico

---

3 I P 3,21.

4 Cf. Ex 2,7.

por parte de Austria... Estando ya en el monasterio vino desde Bolivia a visitarme y en dicha ocasión me sorprendió al pedirme que le mostrara baños y duchas. Ver su hilera despertó en él la imagen de las letrinas sin puerta y las duchas de la muerte de Dachau: “nada más humillante, Max, que verte convertido en un objeto ensuciado, al que pretenden despojar de su humanidad robándole toda posibilidad de intimidad, sumergidos, como estábamos, en un clima de terror”.

De los años de la escuela primaria lasallana recuerdo un encuentro con el futuro cardenal Maurer, quien en ocasión de mi primera comunión me susurró una frase que entendí mucho después: “Mirá, Pedrito, que el Señor ha posado sus ojos sobre ti”. Mis padres me habían hecho probar el Maná y, sin embargo, veía que ellos nunca se acercaban a probarlo. Cosa que en ese entonces no me extrañaba, ya que muchos otros padres tampoco lo hacían. Sin embargo, siempre que en el colegio se celebraba alguna Misa “oficial” se hacían presentes. Más aún: ante el requerimiento de los Hermanos, donaron generosamente el vitral que delinea la figura del apóstol Pedro en la capilla del Colegio.

Ocurrió que en el año 1952, durante una de las tantas revueltas revolucionarias, nuestra casa quedó en medio de una refriega entre dos bandos, y las balas que impactaron en nuestro hogar fueron tantas, que trajeron a la memoria de mis padres otros impactos y otros peligros: “¡Nos quieren matar otra vez...!”. Decidieron, entonces, comenzar la siguiente etapa de su peregrinación hacia la Tierra, esta vez en alguno de los oasis argentinos. Como no les resultaba fácil hacerlo de inmediato, por consejo del Hermano Miguel, un entrerriano de los alemanes del Volga, que era mi maestro, me pusieron pupilo en el colegio Marín, en San Isidro, en el que comencé y culminé los estudios medios. Mis padres recién pudieron trasladarse estando yo en cuarto año. En esos tiempos la única manera de “escaparse” oficialmente del Marín era haciéndose miembro de la Legión de María, de modo que, con la excusa de visitar algunos hogares..., en realidad íbamos al cine, para llegar al cual uno de los caminos posibles pasaba junto a un alto y largo muro; pared que años después identifiqué con la que rodea la abadía de Santa Escolástica. Aún no sabía que mi cumpleaños caía en el día en que la liturgia celebra la fiesta de la hermana de San Benito y menos aún barruntaba que algún día franquearía dichos muros para ir a darle un beso a la Hermana María Benedicta, mi mamá Vilma, que habiendo enviudado, allí vivió y rezó y allí celebró su pascua rodeada del afecto de las monjas. Mirando retrospectivamente, caí en la cuenta de que nacido en el día de su hermana, estaba como destinado a seguir a Jesús llevado de la mano por Benito, su hermano, y *que ya desde el vientre materno, el Señor había ido entretejiendo mis días antes de que llegara*

*el primero*<sup>5</sup>. Si bien durante el clásico retiro espiritual de quinto año –predicado en la ocasión por el padre Furlong–, éste me señaló como uno de los que debían discernir una posible vocación, tal cosa no hizo mella en mí, y una vez recibido me prometí que los “curas” no me verían nunca más el pelo –¡promesa que el Señor va haciendo realidad día a día!–, y partí en busca de otros horizontes, a la universidad de La Plata, para sumergirme en el estudio de la Química.

Mientras tanto, sin que yo lo supiera, estando yo en segundo año, en el Marín, mis padres se habían bautizado, confirmado, “comulgado” y sellado su amor en la basílica del Santísimo Sacramento.

Ocurrió que mamá se sintió obligada a asistir –los nervios la hicieron confundir de día y de hora–, al casamiento de un hijo de amigos judíos con una católica, cosa que en ese entonces se hacía en la sacristía. Cansada de su inútil esperar, entró en el templo y allí tuvo una fuerte experiencia que la convenció de que, si bien a su familia la habían perseguido, maltratado y hasta asesinado en nombre de Jesucristo, aquel que colgaba de la Cruz con los brazos abiertos era “Bueno” y la estaba esperando. Y conste que en el pueblo donde nació mamá no había sinagoga y la única escuela era la parroquial, por lo cual concurrió a ella y si bien no participaba de la catequesis, entraba, con sus compañeritas, al templo parroquial. Cosa digna de nota: mi abuelo materno, rabino él, se ganaba el sustento con el trabajo de sus manos –como corresponde a todo aquel que se dedica al estudio de la Palabra, de la *Torá*–, ejerciendo el oficio de zapatero remendón. La tradición monástica subraya, cual perfecto eco de dicha exigencia: “Entonces son verdaderamente monjes, si viven del trabajo de sus manos, como nuestros Padres y los Apóstoles”<sup>6</sup>.

La casa de mis abuelos estaba pared por medio con la casa parroquial, y mamá, trepada sobre el muro, podía observar de un lado al párroco, monje cisterciense de un monasterio cercano, rezando sus salmos en latín y del otro lado a su padre, envuelto en el manto de oración con sus filacterias, desgranándolos en hebreo: “Muestran un muy flojo servicio de devoción los monjes que, en el espacio de una semana, salmodian menos que un salterio, con los cánticos acostumbrados”<sup>7</sup>. Llegaría el día en que, *derribado el muro de separación*<sup>8</sup>, mamá y papá rezarían juntos la Liturgia de las Horas, pero cada uno según su propio “rito”. Papá fue atraído a la práctica concreta de la fe por ese hombre de

---

5 Cf. *Sal* 139,13. 15.

6 *RB* 48,8.

7 *RB* 18,24.

8 Cf. *Ef* 2,14.

Dios que fuera monseñor Enrique Rau, obispo de Mar del Plata, y con él aprendió a saborear los salmos. Mamá se amigó con ellos a través del “modo” monástico utilizado en Los Toldos. ¡Daba gracia y ternura verlos rezar juntos en la misma habitación, pero cada uno a su modo!

Conmovida por la fuerte experiencia del valor redentor de la Cruz de Jesucristo, mamá se dirigió sin perder un minuto a la portería y, sin más dilaciones, le pidió a la persona que la atendió, –años después supe que se trataba del padre Altolaguirre, sacramentino y hermano del P. Martín, monje del Niño Dios–, ser instruida en la fe católica. Y fue ella la que convenció a papá para “dar los pasos necesarios para el cumplimiento de lo que pide la fe católica”.

También al aprendiz de químico lo esperaba el Señor a la vuelta de la esquina. Se me hizo el encontradizo a través del orgullo herido del “sabiondo” Max, al que le había ido mal en un examen de física. Uno de mis compañeros del Colegio Universitario platense me aconsejó que fuera a sacarme aquellos tontos enojos derrotistas, yendo a Los Toldos. Ante la objeción de mi falta de fondos –como buen estudiante andaba crónicamente escaso–, me dijo que eso no era óbice, y que los monjes me recibirían lo mismo... Y allí fui: volví como si nada y seguí estudiando. Estaba de novio y dando clases de inglés. Sin embargo, me había picado el bichito..., de modo que en los años siguientes volví, una y otra vez, al Monasterio, hasta que finalmente “descubrí” que mi lugar en el mundo quedaba en Santa María de Los Toldos.

Cuando me presenté para ingresar, el 31 de enero de 1964, 10 días antes de mi vigésimo segundo cumpleaños, el padre Pío me preguntó si venía a depositar mis huesos..., ya que en aquellos tiempos se consideraba demasiado crecido a alguien de mi edad. ¡Ciertamente corrían otros tiempos! Para la ocasión se me pidió que trajera muy pocas cosas, entre ellas “La imitación de Cristo”, y no la Biblia..., pero, con el correr del tiempo fueron los *Salmos* –¡esa Biblia en pequeño!– los que se convirtieron en mis compañeros inseparables, haciéndose me entrañables, al punto que apropiándome de una frase de san Agustín me atrevo a exclamar: “¡Salterio mío, mi gozo y mi alegría!”.

Sucedió aquel “estate quieto” por parte de mis padres, aquella revelación de mis raíces que despertó en mí los “qué hubo”, como dicen en Chile. Aquello fue para mí una bomba de expansión lenta, de la que poco a poco fui tomando cabal conciencia. Fue una experiencia semejante a lo que escuché años más tarde de algunos hijos de desaparecidos o hijos adoptivos, a los que no se les había dicho nunca nada y que al saberlo, experimentaron algo así como que su rompecabezas vital quedaba completado, y lo que nunca antes habían logrado armar, asumía contornos más nítidos. Para mi persona, semejante experiencia fue providencial,

y me hizo atravesar el umbral del monasterio vislumbrando otra luz. De todo esto tomé conciencia al ritmo de los salmos, descubriendo en mí lo que san Atanasio escribiera a Marcelino: “los salmos son el espejo del alma y el Espíritu Santo va tocando, con el plectro, ese salterio que eres tú, de manera que tu vida toque armoniosa y afinadamente la melodía que el Señor te tiene predispuesta”. Rezarlos –siempre que puedo los sigo en hebreo–, constituye para mí una experiencia que me hace vivir en carne propia lo dicho por André Neher: «Si interrogas a un Judío acerca de su ser, responderá con un salmo, ya que la identidad personal de cada Judío se expresa con el verso de alguno de los salmos. Interrogado sobre su devenir, te responderá con el *Cantar*, ya que el “compañerismo” de Dios y de Israel a través de la historia, cristalizó en la aventura de amor plasmada en el *Cantar*. Al Salterio y al *Cantar* el Judío los conoce familiarmente en cada uno de sus trazos, en las sinuosidades de todos sus senderos, cual refugios en los cuales (de)-morar-(se). Reconoce en ellos el esqueleto de su existencia individual, desde el gozo más sublime hasta el duelo más profundo, descubriendo en ellos la substancia de su historia colectiva, [a partir] de la Ruina y el Exilio hasta la Redención mesiánica».

En la reapropiación de mis raíces judías ha sido esencial que *un abismo le responda al otro abismo con voz de cascadas*<sup>9</sup>, que el eco cristiano-monástico y el eco judío se hicieran una única voz en mí, al punto que, por paradójal que parezca, sabes que has sido dado a luz por ese librito de ciento cincuenta poemas y, al mismo tiempo, “que naciste con él en las entrañas” (A. Chouraqui) para ser dado a luz, e ir dándolo a luz, día tras día, saboreándolo *amargo en tus entrañas, pero dulce en tu boca*...<sup>10</sup>.

Todo esto lo puedo decir ahora, oteando el medio siglo transcurrido. En aquel momento la revelación de mis padres no me disuadió en mis propósitos de vida monástica, en la que las etapas se fueron sucediendo, como cronometradas, ya que en esos años todo estaba ritmado por lapsos bien precisos. De modo que los años que van del noviciado a la profesión solemne pasaron casi como una exhalación, ocupado en los estudios, que siempre constituyeron mi especial debilidad y mi mejor escondite: ¡en realidad pueden convertírseme en una tentación para escaparme de Dios y meterme en mi escondrijo! Filosofía entre el postulante y el noviciado, para, después de los primeros votos, empezar con la Teología, viviendo en el monasterio de Las Condes y concurriendo a los cursos de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile, que en esos años se dictaban en la sede central de La Alameda. Tuve allí profesores que me marcaron

9 Sal 42,8.

10 Cf. Ap 10,9.

para la vida, verdaderos maestros, como Manuel Ossa, Jorge Medina, Antonio Moreno, Juan Ochagavía, Beltrán Villegas y tantos otros... La hospitalidad de mis hermanos de Las Condes, su bondad y su nutrida biblioteca con volúmenes que no teníamos en Los Toldos, me hicieron creer que ya tocaba las puertas del paraíso... Hacía mis primeras armas con el griego y el hebreo bíblicos y me adentraba en los meandros de la teología.

Mis padres, entre tanto, se habían instalado en Mar del Plata, gestionando una librería que ofrecía libros y revistas en cinco idiomas. Mamá se integró en la parroquia catedral lavando pisos y manteles, arreglando floreros y con el oído del corazón atento a cuantos se le acercaban a compartir dolores y alegrías. Ocurrió que Mons. Rau sufrió un grave percance económico que dejaba a la diócesis al borde del abismo. Uno de los sacerdotes de la catedral marplatense le sugirió que nada perdía en recurrir a Ignacio, el esposo de Vilma –mi padre–, diciéndole: “Es judío y sin duda te resultará útil”. ¡Papá empezó como escribiente y terminó siendo administrador de la diócesis durante el ministerio pastoral de tres obispos: Rau, Pironio y García! Y lo mejor de la historia es que papá encontró la cuadratura del círculo y sacó a flote a la diócesis.

En Mar del Plata habitaban cantidad de católicos germano-parlantes, muchos de ellos ex nazis del hundido *Graf Spee*. Papá, impulsado por mamá y con la bendición de Mons. Rau, fundó la Comunidad Católica de Habla Alemana San Enrique, que promovía actividades culturales y religiosas, celebrando de vez en cuando eucaristías en alemán. Mamá visitaba a los enfermos, exhortándolos a poner sus cosas en regla y ante la excusa de que solo sabían hacerlo en alemán les repetía que el obispo lo hablaba perfectamente. Mamá, secundada en todo por papá, quiso poner en práctica un principio de vida que había hecho suyo: “si rezas por tus enemigos y les ayudas, dejas de tenerlos”; en otras palabras, quisieron traducir en hechos las palabras del Maestro: “*Si solo amas a quienes te aman, ¿qué cosa de extraordinario haces?*”<sup>11</sup>. Ya ordenado, me tocaron en suerte algunas de aquellas misas y de aquellas épicas reconciliaciones...

Mons. Rau y mi padre se entendían a las mil maravillas y tenían un cierto parecido, al punto que algunos los tenían por parientes. El obispo le había propuesto a papá ordenarlo de diácono, ya que hacía en la diócesis lo de san Lorenzo en Roma. Cuando Mons. Pironio se hizo cargo de la diócesis mamá entró, de inmediato, en especial comunión, como ocurre entre “orantes”. Papá recibió los ministerios del lectorado y acolitado junto con Carlitos Malfa, el actual obispo de Chascomús. A papá se le propuso estudiar teología antes de ser ordenado, lo que

a sus setenta añitos le pareció inalcanzable... y desistió.

Cada año pasaba algunos días de vacaciones con mis padres. Aprendí, con el tiempo, que a mi llegada no debía dirigirme a su domicilio, sino directamente a la catedral, ya que ambos andaban por allí, papá en la curia, Pasaje Catedral por medio y mamá rezando, de florista o escuchando cuitas.

Después de los dos años en Chile, fui enviado, para proseguir los estudios, al Colegio Máximo de San Miguel, reanudando la Teología. Resultaron ser unos pocos meses, en los cuales conviví, bajo un mismo techo, con los estudiantes jesuitas, poquitos en aquellos años; entre ellos estaba Jorge Mario Bergoglio: tengo grabado el recuerdo de algún que otro picadito, en el que mi destino era, invariablemente, el arco... Recibí más de un gol pateado por el futuro Papa. Fue providencial tener como profesor de Escritura a Severino Croatto, quien me abrió el acceso a los tesoros de la Biblia Hebrea con sus magistrales clases sobre el Deuteronomio. Al manifestarle mis deseos de aprender hebreo, me sugirió concurrir al Instituto Hebreo-Argentino de Cultura, cosa que en aquel momento no pude hacer. Bruscamente tuve que interrumpir los estudios para hacerme cargo de la “economía” del monasterio, pues el padre José se ausentaba y el nuevo prior, Pedro Alurralde, me dio ese encargo. Ni idea tenía de las labores camperas; me las arreglé como pude y gracias a que contaba con excelentes colaboradores... Una y otra vez, a lo largo de los años, he ido pasando del “levítico a los números”.

Nuestra Comunidad monástica de aquellos tiempos era medio helvética y medio criolla. Sin que advirtieran mi presencia, escuché cómo dos de los monjes dialogaban en suizo-alemán: uno objetaba que alguien tan bisoño como yo recibiera semejante encargo y el otro le contestaba: “es judío, se las va a ingeniar”. ¿Cliché o prejuicio? ¿Alabanza o desprecio? ¡A lo largo de los años he tenido que tragar muchos elogios de este género, que demostraron ser sapos, y otros que parecían sapos y terminaron siendo elogios!

Pude cumplir mis anhelos de aprender hebreo al reanudar, después del *intermezzo* económico, los estudios teológicos, allí donde los había comenzado: en Santiago de Chile. Eran los años del gobierno de Salvador Allende y el prior de Las Condes era ahora el P. Eduardo Lagos; su generosidad me permitió asistir a las clases del Instituto Hebreo-Chileno de Cultura viajando a bordo de la venerable “mona” (un viejo Citroën) condense. Nuestros compañeros eran judíos chilenos que, en su mayoría, se estaban preparando para la “subida” –(su *aliyá*)–, la emigración a la Tierra de sus mayores, para así cumplir con el anhelo que late en todo corazón judío: “¡el año que viene (celebraremos la Pascua) en Jerusalén!”. Cuando empecé a conocer monasterios de la vieja Europa escuché de labios de monjes y hospederos que los claustros monásticos no son otra cosa

que la plasmación arquitectónica de la Jerusalén celestial tal y como la describe el Apocalipsis: *la Ciudad [de Jerusalén] es cuadrangular: tiene la misma medida de largo que de ancho*. ¡Qué maravilla saber que cada paso de la capilla al comedor, del comedor al dormitorio, a los talleres..., es un paso-tras-paso hacia la pascua, para finalmente celebrarla *el año que viene en Jerusalén!*

Como buen ratón de biblioteca encontré, entre los escritos de san Bernardo, una “pícaro” carta suya a un obispo inglés que había autorizado a uno de sus sacerdotes que peregrinara a Jerusalén. En ella Bernardo le decía que al haber recalado en el monasterio, no hacía falta que su sacerdote siguiera viaje: ¡había llegado a Jerusalén!

*¡Ay de mí si me olvido de ti, Jerusalén,  
se me paralice mi mano derecha,  
mi lengua se me pegue al paladar !*

20 de agosto de 2015, día de San Bernardo  
*Abadía de Santa María  
C. C. 8 – B 6015 WAA Los Toldos  
Pcia. Buenos Aires  
ARGENTINA*



Card. Pironio, Hna. María Benedicta y P. Max Alexander.